ORAR EN EL MUNDO OBRERO

20º domingo del Tiempo Ordinario (16 agosto 2020)

(Comisión Permanente de la HOAC)

Nos disponemos a la oración leyendo y dejando que resuenen estos textos.

La verdad es que no se puede pedir fe si no se tiene fe (Rovirosa, OC, T.II. 197).

Una cultura popular evangelizada contiene valores de fe y de solidaridad que pueden provocar el desarrollo de una sociedad más justa y creyente, y posee una sabiduría peculiar que hay que saber reconocer con una mirada agradecida (EG, 68).

Desde los textos, me sitúo en la vida

Nuestro mundo tecnológico y racionalista deja poco espacio en la cultura a la fe, y por eso deja poco espacio a la gratuidad. Nuestro mundo nos impone la impaciencia de la inmediatez, y por eso deja poco espacio a la perseverante constancia confiada de la oración. Nuestro mundo se asienta sobre la autosuficiencia que descarta a los pobres, por eso deja poco espacio al reconocimiento de la necesidad.

En mi ambiente, con las personas con quienes me muevo cada día, también se da esta manera de sentir y de pensar. Quizá también yo me dejo envolver por ella, casi sin sentirlo. Comienzo por hacerme consciente de ello.

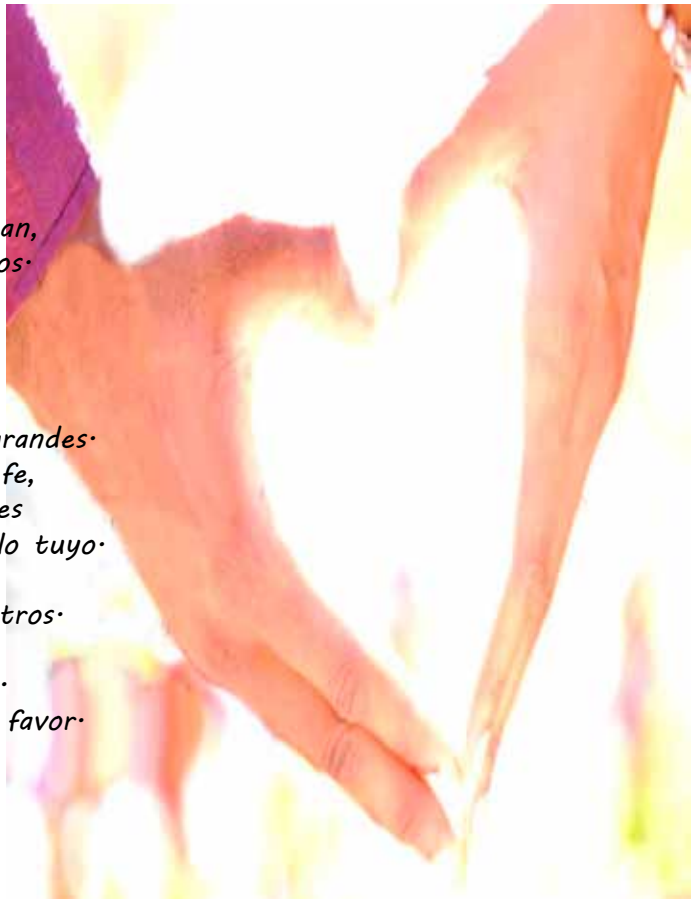
Señor, hoy queremos pedirte
una mirada y un corazón limpio·
Concédenos, Señor, una mirada
que vea siempre en el otro a una persona,
a un hijo/hija tuyos con toda su dignidad·

Haznos tener un corazón universal, donde todos quepan,
donde todos puedan ser amados, perdonados y acogidos·
Ayúdanos Señor a construir una Iglesia
que sea una casa para todos sin excepción·

También queremos alabar tu nombre
Te decimos que eres grande porque has hecho obras grandes·
Porque nos has dado la vida, porque nos has dado la fe,
porque nos has dado la libertad y todas las capacidades
y talentos que nos hacen ver esta vida como un regalo tuyo·

Gracias, Señor, por mantenerte siempre fiel con nosotros·
Por amarnos·
Por responder a nuestra debilidad con tu misericordia·
Contigo salimos ganando· Tú siempre estás a nuestro favor·
Tu amor es irrevocable y fiel·
Gracias, Señor, por tanto y por todo·
Amén·

(Rubén Ruiz, adaptada)



Hoy me dice LA PALABRA...

Mateo 15, 21-28.- Mujer, qué grande es tu fe.

Jesús salió y se retiró a la región de Tiro y Sidón. Entonces una mujer cananea, saliendo de uno de aquellos lugares, se puso a gritarle: «Ten compasión de mí, Señor Hijo de David. Mi hija tiene un demonio muy malo». Él no le respondió nada. Entonces los discípulos se le acercaron a decirle: «Atiéndela, que viene detrás gritando». Él les contestó: «Solo he sido enviado a las ovejas descarriadas de Israel». Ella se acercó y se postró ante él diciendo: «Señor, ayúdame». Él le contestó: «No está bien tomar el pan de los hijos y echárselo a los perritos». Pero ella repuso: «Tienes razón, Señor; pero también los perritos se comen las migajas que caen de la mesa de los amos».

Jesús le respondió: «Mujer, qué grande es tu fe: que se cumpla lo que deseas». En aquel momento quedó curada su hija.

Palabra del Señor

Acojo la Palabra en mi vida

Nuestra época suele medir la grandeza o pequeñez de una vida, su importancia y valor, por los éxitos conseguidos, aunque a veces sean vanos, fugaces, o casi inexistentes, como los de tantos *influencers*, tantos personajes del mundo del «corazón», del espectáculo, del deporte, tantos «políticos» de corta travesía, y tantos otros...

Por eso no es extraño que a la hora de evaluar la calidad de la fe lo hagamos desde criterios de eficacia transformadora. También ahí queremos y buscamos la inmediatez y el resultado. Y consideramos «grandes creyentes» a quienes hacen grandes cosas o, al menos, llamativas, o cosas que les reportan muchos seguidores... Seguimos midiendo la fe por la cantidad, por el número. Seguimos siendo unos perfectos idiotas.

Seguimos minusvalorando a quienes sin grandes compromisos, sin muchos resultados, sin elevadas ratios de eficiencia pastoral, viven toda su vida desde una postura creyente sencilla, pero suave y pacientemente transformadora desde lo cotidiano.

Jesús admira en este episodio la grandeza de fe de una mujer sencilla, que no pertenece al «pueblo de Israel», despreciada incluso por quienes siguen a Jesús, y hasta por él mismo en un primer momento; que no duda en invocarle con molesta insistencia a pesar de todos los obstáculos y

dificultades. En último término nuestra fe se mide por nuestra capacidad de abrirnos al misterio insondable del amor de Dios que puede transformar nuestra existencia poniéndola al servicio de los otros: ¡Ten compasión de mí... mi hija tiene un demonio...! Esta mujer sencillamente acude a Jesús porque desea ver curada a su hija a la que tanto quiere.

En nuestro mundo opaco necesitamos recuperar el lugar de un Dios liberador a quien poder orar. Un Dios a quien pedir, no que sustituya nuestra responsabilidad, que supla nuestras deficiencias, sino que siga siendo Él. Necesitamos pedirle que sigamos pudiendo reconocer nuestra existencia como recibiéndonos de Dios en cada instante; recibiendo de su amor la vida, el sentido, la fuerza, el sostén, la libertad, la conciencia amorosa de su presencia, la conciencia de sabernos amados por Él. Necesitamos poder gritar ¡Señor, ten compasión de mí!

Es hondamente evangélico sentirnos unidos con Dios en la solicitud por las personas que queremos, por quienes sufren desaliento, incluso por aquellas que nos hacen mal, porque orar así es reconocer desde la humildad y la verdad de nuestro ser, la grandeza de Dios.

Tendríamos que preguntarnos si nuestra oración es así, y si no lo es, preguntarnos por qué. Preguntarnos si nuestra oración pone al descubierto lo que realmente son nuestras preocupaciones intereses, nuestras búsquedas...

Preguntarnos si nuestra oración es insistente, como la de esta mujer.

Y también tendríamos que cuestionarnos como Iglesia nuestra fe, si nadie viene detrás de nosotros gritando como la mujer cananea: ¿qué buscan, qué necesitan, qué esperan de nosotros; qué encuentran en nosotros, con Quién pueden encontrarse a través de nosotros? ¿Cómo suscitar la fe? ¿Qué Dios y qué vida descubren los demás en nosotros?

Tendríamos que preguntarnos –si nadie viene detrás de nosotros gritando– si escuchamos suficientemente el clamor de los pobres; si nuestra encarnación en sus condiciones de vida y trabajo es real, si nuestra escucha de su grito es sincera.

De nada sirve que podamos tener respuestas, si nadie nos hace preguntas.

Tendríamos que aprender de la mujer cananea su grito insistente, su terquedad, su decisión perseverante a pesar de los obstáculos, su confianza, su amor por quien la necesita, su fe. Tenemos que aprender del grito de esta mujer que hace caer las fronteras, y universaliza el amor de Dios.

No es fácil conjugar todo esto en nuestra vida, en el seguimiento de Jesús. Tendremos que seguir pidiéndolo.

Mi proyecto de vida necesita construirse sobre lo que el evangelio me propone hoy: la confianza en el amor de Dios, en su proyecto liberador, en la fuerza sanadora de su Palabra, en la fe perseverante, en una vida encarnada, en la oración insistente... en la humildad y la paciencia...

¿Qué de incorporar, o convertir, para que en lo concreto pueda ir creciendo esta experiencia de fe?

Vuelvo a poner mi vida en manos del Padre:

Coloquio de compasión

Inclínate sobre mí, Oh Dios,
según tu amor y fidelidad,
por tus entrañas de misericordia borra mi delito·
Señor, tu sabes que deseo ser expresión de tu compasión
entre las personas con las que me relaciono·
Quisiera que mi vida fuera un signo claro de tu compasión·
Pero para eso... necesito sentir cómo tú te inclinas
sobre mis limitaciones,
necesito sentir tu grandeza en mi pequeñez;
...necesito experimentar tu fidelidad
a prueba de mis infidelidades,
sentir la claridad de tu mirada
que ilumine mi oscuridad;
...necesito dejarme acariciar
con la ternura de tu abrazo maternal,
para sentir la seguridad
que sólo tu amor me puede ofrecer·

Sólo entonces,
sintiéndome muy amado por ti,
podré ser cauce que lleve las aguas de tu amor por los meandros de la vida;
podré reblandecer la dureza de la vida de muchos, con tu compasión;
podré limar las asperezas de la vida de muchos, con tu misericordia·
Señor, inclínate sobre mí,
para que aprenda a inclinarme sobre los más pequeños;
dame entrañas de misericordia,
para que muchos puedan descubrir en mí
tu amor y tu fidelidad·

(Pep Baquer, sj)

Termino ofreciendo toda mi vida a Jesús

Señor, Jesús,

Que los militantes que sufren desaliento permanezcan en tu amor·

María, madre de los pobres, ruega por nosotros·